

## A VUELTAS CON LA CAMPANA DE HUESCA: LEYENDA, HISTORIA, CANTAR

Miguel MARTÍNEZ TOMEY, *A Campana de Uesca: razón d'Estado aragonesa / La Campana de Huesca: razón de Estado aragonesa*, Zaragoza, Aladrada (Biblioteca de las Lenguas de Aragón, 12), 2013, 57 + 45 páginas

José Ángel Sánchez Ibáñez\*  
Universidad de Zaragoza

La mayor utilidad de libros como el que hoy reseñamos estriba, a no dudarlo, en su capacidad para sintetizar y divulgar temas no bien conocidos por un público amplio, ese que cae más allá de las lindes de los especialistas en los campos respectivos y que —conviene subrayarlo— a la postre deviene factor imprescindible si se quiere evitar un enclaustramiento de los saberes que los aboque, en gran medida, a una indeseable falta de transferencia social, de dimensión comunitaria. En tales sentidos, este librito de Martínez Tomey cumple con creces, pues repasa los pormenores que flanquean la leyenda de la “Campana de Huesca”, encuadrándola en su circunstancia y su momento históricos, careándola con sus referentes fiables —por presencia o por ausencia, que de todo hay en la documentación del reinado de Ramiro II— y proporcionando además las reliquias del cantar de gesta que dicha leyenda presuntamente alimentó, tal y como las diseccionaron Antonio Ubieto y Manuel Alvar en varios trabajos tan destacables cuanto ya veteranos. Al margen de otras referencias (*cf.* p. 38 [c]),<sup>1</sup> son estos trabajos los que constituyen, con toda

---

\* jasaniba@unizar.es

<sup>1</sup> Tras la numeración correspondiente a las páginas anotamos [c], para remitir a la versión en castellano del texto, o [a], para hacer referencia a su versión en aragonés.

nitidez, el núcleo bibliográfico sobre el que bascula fundamentalmente el empeño divulgativo de Miguel Martínez Tomey.<sup>2</sup>

El trazado general de la narración legendaria es, en sí, bastante conocido. Ante los desaires, cuando no la insubordinación, de algunos nobles del reino, Ramiro II, el aún reciente e inexperto monarca, decidió pedir consejo a su antiguo mentor, el abad de San Ponce de Tomeras, monasterio ultrapirenaico donde Ramiro había profesado y vivido hasta que fue llamado a ceñir la corona aragonesa. Por toda respuesta, el abad condujo al enviado regio hasta el huerto del cenobio, donde segó las coles más sobresalientes del plantío. A su regreso de San Ponce, el mensajero relató la silente acción a Ramiro, quien comprendió de inmediato el sentido que tal gesto encerraba y se determinó a obrar en consecuencia. El monarca convocó una junta de nobles en Huesca con el pretexto de mostrarles una nueva campana cuyo tañido se oiría en todo el reino. Una vez llegados a la ciudad, el rey aisló a los elementos más díscolos de la nobleza, los decapitó y enseñó luego el ruedo de cabezas cortadas a los demás miembros del estamento nobiliario. Tal, y no otra, era la sonante campana prometida. Detalle arriba o abajo, esta es la narración que se recoge en el capítulo 20 de la *Crónica de San Juan de la Peña* (c. 1369), una fuente primordial bajo cuyo texto —que puede leerse en las páginas 22-24 [a] y [c] del libro— se ha querido detectar la prosificación de un cantar de gesta previo, si bien algunos de sus motivos presentan claros antecedentes en Heródoto o Tito Livio, entre otros autores clásicos (cf. pp. 31-32 [c]), hecho que no pasó inadvertido a Jerónimo Zurita y en el que han insistido asimismo los estudiosos de nuestro tiempo. Y, todavía más allá, los mimbres de esta narración entroncan quizás con un muy antiguo sustrato tradicional o, si se quiere, folclórico.<sup>3</sup>

Vigorosamente escrito, el prontuario de Martínez Tomey recorre el trasfondo histórico de la época de Ramiro II (caps. 1-3, pp. 7-29 [c]) y la actuación personal de este rey —«el sagaz Ramiro», p. 14 [c]—, así como el relieve legendario y, por añadidura, literario que se fraguó a partir de los hechos de incierta fortuna que jalonaaron su etapa inicial de gobierno (cap. 4, pp. 29-33 [c]), subsiguiente a la muerte de su hermano, el primer Alfonso, en 1134. Los testimonios documentales de esos momentos revelan —a veces al trasluz— incidentes protagonizados por un sector de

<sup>2</sup> En particular, y por su orden cronológico: Antonio Ubieta Arteta, «La Campana de Huesca», *RFE*, xxxv (1951), pp. 21-61; Manuel Alvar (ed.), *Cantares de gesta medievales*, México, Porrúa, 1972; y Antonio Ubieta Arteta, *Historia de Aragón: literatura medieval*, I, Zaragoza, Anubar, 1982. En todo caso —y no se vea aquí reproche alguno, sino mero suplemento informativo para el lector de estas líneas—, merece la pena señalar que las circunstancias de la leyenda han conocido en los últimos años otras aproximaciones de las que Martínez Tomey, a tenor de la «Bibliografía citada» (p. 38 [c]), no se ha servido: el librito de Carlos Laliena Corbera *La Campana de Huesca* (Zaragoza, CAI, 2000) y, más volcados en la materia del hipotético cantar, los párrafos que dedica al asunto Antonio Pérez Lasheras en su obra *La literatura del reino de Aragón hasta el siglo XVI* (Zaragoza, Ibercaja et alii, 2003), pp. 86 y 92-94. Aunque con distinta orientación, el artículo de Alberto Montaner Frutos «Los clásicos, la emblemática y la Razón de Estado: lecturas áureas de la “Campana de Huesca”» (*Estudios de Literatura Oral*, 13-14 [2007-2008], pp. 251-266) ofrece un interesantísimo panorama erudito y hermenéutico complementario.

<sup>3</sup> Cf. A. Montaner Frutos, art. cit., pp. 259 (y n. 13) y 261-263.

la nobleza militar del reino, al tiempo que comportan la súbita omisión de algunos nombres destacados, que pasan de este modo a un fundido en negro harto significativo. Es esto último lo que, en definitiva, afianza la posibilidad de que en la persona de estos nobles-soldados se produjera un escarmiento en toda regla que sirviera de aviso a los más altos estamentos aragoneses contra futuros desacatos a la figura del rey. Y probablemente ahí resida el origen de la leyenda y también del cantar, si es que lo hubo.<sup>4</sup> Un cantar que, dependiendo de la fecha de composición, habría puesto su «evidente finalidad propagandística [...] no al servicio de Ramiro II, sino de Jaime I» (p. 30 [c]), quien durante su menor edad, y muy particularmente entre 1224 y 1227, también tuvo que lidiar con sectores indóciles de la nobleza. Por esta última opción se inclina decididamente Martínez Tomey, ahondando la estela de los argumentos que ya expuso Ubieto en su día (*cf.* pp. 30-33 [c]).

El volumen, bilingüe y de curiosa presentación bifronte, según comprobará el lector, aporta además un interesante aparato iconográfico que toma como punto de partida la legendaria narración. No faltan a la cita el célebre óleo de José Casado del Alisal, que forma ya parte del imaginario colectivo (el cuadro puede verse en su monumental concreción definitiva en p. 53 [a], y también en boceto en p. 54 [a]), amén de otras realizaciones gráficas en torno a la leyenda o sus derivaciones (como la singular tarjeta postal de Ramón Acín, tan apegada a la situación política de los años veinte del pasado siglo: p. 55 [a]). En útil apéndice figura una «Relación de obras artísticas relativas a la Campana de Huesca» (pp. 34-35 [c]), que enumera su huella directa en los terrenos literario, pictórico y musical, al tiempo que los aproximadamente setenta versos —o muñones de versos, más bien— de la «Reconstrucción del cantar» se transcriben en un último apartado independiente (pp. 41-45 [a] y [c]). En suma, nos encontramos ante una obrita que se lee con gusto y nos introduce con claridad en la entretela de las cuestiones, apasionantes aún hoy por muchos motivos, que a varias bandas —o bandeos— suscita esta campana de prolongado resonar.

---

<sup>4</sup> Cf. simplemente A. Montaner Frutos, art. cit., pp. 259-260, n. 13, con abundante referencia bibliográfica.